

UNA NOVELA CORTA-CUENTO LARGO DE CASTILLO NAVARRO

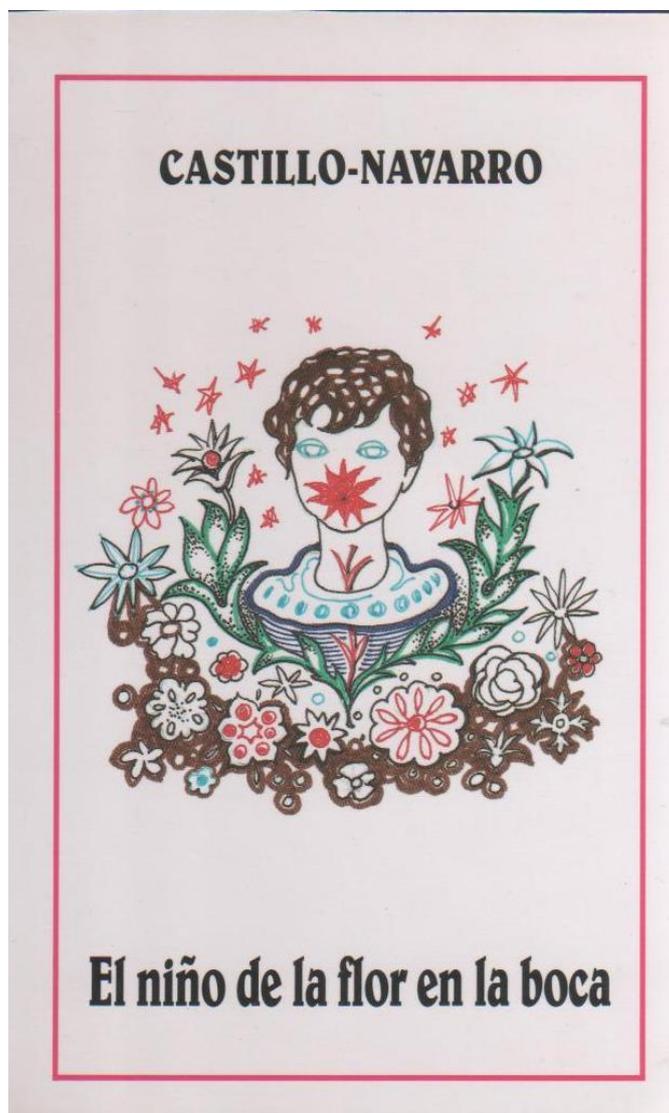
Francisco Javier Díez de Revenga

La dificultad de designar genéricamente una obra literaria la manifiesta singularmente *El niño de la flor en la boca* de José María Castillo-Navarro, de 1959, reeditado en 1990. Se trata de un relato extenso, que podríamos situar en el concepto de novela corta, aunque a éste, si estuviésemos en el siglo XIX y discutiéramos con Don Leopoldo Alas Clarín o con Doña Emilia Pardo Bazán, clasificaríamos como cuento largo, más que como novela corta, si es que es posible distinguir entre estos dos conceptos. Y lo haríamos debido a su parentesco claro más con el género cuento que con el género novela, sobre todo si atendemos a su concreción sintética estructural y su temperatura lírica.

En este relato Castillo-Navarro crea un ambiente absolutamente sobrecogedor, marcado por un paisaje, un escenario rural, que constituirá el medio que habrá de determinar las reacciones de los personajes. Entre el naturalismo y el expresionismo se desarrolla una trama integradora a la que el lector asiste, asombrado, absorto, situado por el novelista *in media res*, en la mitad de las cosas, cuando ya la acción principal ha transcurrido. Un defecto físico, sublimado por el novelista en el título del relato, pero no escamoteado, en su verdad fisiológica, a lo largo de la trama argumental, será motivo para descubrir un espacio narrativo en el que, con estructura coral, comparecen una agrupación colectiva distinguida por la rudeza, la crueldad y la sinrazón, acción del coro, que, como en la tragedia clásica, determinará el patético final.

Los motores que determinen, con fatalismo de tragedia griega, la acción de los personajes son el espacio naturalista rural, la presencia del defecto físico del niño, y la muerte como protagonista de la preacción narrativa. No se ahorran, porque lo daba la época —tengamos en cuenta que estamos ante un relato de los años cincuenta— los rasgos adyacentes de realismo social, indispensables en un relato rural agónico como éste. La presencia del Amo, que aparece como posible contrapunto del coro, determina su fracaso total como amortiguador de la acción destructora de ese coro de campesinos. Fracasa por inacción, fracasa más que por impotencia, por indiferencia. Y a la tragedia personal causada por la muerte del inocente, de una forma absurda, se une la tragedia

del atavismo colectivista e irracional, representado por «los vecinos», a los que se une con complicidad de indiferencia la figura del Amo.



Está enmarcado el conflicto narrativo en un medio rural agónico, tal como se ha advertido antes. Y la condición de agónico se la da su propia realidad, que queda simbolizada en muchos de los elementos que figuran en esta novela corta. No es independiente de la acción principal —no tendría sentido en un relato de estas dimensiones— y contribuye poderosamente a la temperatura agónica del relato la trama secundaria de la que el perro es protagonista paralelo a la acción principal. Su muerte, necesaria e inevitable, representa todo lo que de inevitable tiene el destino de sus dueños, indecisos entre la piedad y la resolución, entre el sentimiento de amor y la crueldad de una realidad que están advirtiendo, como una tragedia más, y no menor,

entre las tragedias que definen sus vidas. Surge entonces un nivel de sentimentalidad que también tiene un gran interés, y enriquece la contextura del relato.

Es consustancial a todo cuento la expresión de un cierto lirismo narrativo. En *El niño de la flor en la boca*, la incidencia de ese lirismo es mínima y reside en la evocación por la madre del hijo muerto en tan penosas, como absurdas y tergiversadas, circunstancias. Lirismo que podemos hallar también en el conato de menosprecio de la ciudad frente al amor al campo que parece sentirse por el novelista, tanto cuando enfrenta ambos mundos como cuando paladea las palabras más castizas del lenguaje del campo mediterráneo. Sin embargo, el elogio del campo no lo es tal, puesto que en el medio rural gravita toda la fuerza del patetismo argumental. Incluso el lenguaje más castizo contribuye a tal sentimiento, sobre todo cuando encontramos una palabra como «cansera» en las páginas de este excelente relato. Un relato, pues, que vale para definir a un novelista singular, con capacidad creadora y originalidad técnica y estética reconocidas. Un relato, en definitiva, que representa bien la aportación de la novelística toda de José María Castillo-Navarro a la narrativa española breve contemporánea.